

CELCIT. Dramática Latinoamericana 155

ULTIMA LUNA *

Patricia Zangaro

a Lucía y Paloma, mis hijas

PERSONAJES

LA MUJER

LA NIÑA

EL PULPERO

HOMBRE I

HOMBRE II

HOMBRE EMPONCHADO

HOMBRE HERIDO

* Aunque improbable, pudo haber ocurrido durante la última campaña al desierto, hacia mil ochocientos setenta y tantos.

O tal vez, con otros colores y sonidos, esté ocurriendo ahora mismo, en cualquier parte del mundo.

En la escritura de **Ultima luna** fue decisivo el estímulo de Francoise Thanas, quien la tradujo al francés para su representación, en versión semi-montada, en el Festival "Scènes de Naissance" 1998, Théâtre de la Folle Pensée, Francia.

ESCENA I

Pulpería adelantada al desierto. Un sol que declina se filtra a través de un ventanuco. Los hombres beben ruidosamente, alguno templea una guitarra. La luz se quiebra en los uniformes rotos, en el puñal afilado, en la bayoneta que aún chorrea sangre. Una mujer entra descalza. Los hombres callan: es como si el desierto hubiera entrado en la penumbra del almacén. Envuelta en una manta colorada, por la que asoma un rostro rubicundo y tallado de arrugas, la mujer avanza segura hacia el pulpero.

HOMBRE I: Hay olor a sobaco e' vieja...

HOMBRE II: (*Grave*) Deje a esa hembra , mi amigo... tiene el puñal afilado, y el pulso firme...

LA MUJER carga aguardiente, paga, y se va, tan silenciosa como hubo entrado. Pero al pasar junto a HOMBRE I, éste la intercepta, tambaleándose borracho.

HOMBRE I: Quiero saber, señora... si el culo se le ha arrugado como la jeta...

Algunas risas se ahogan rápidamente. LA MUJER se abre la manta, y deja ver su avanzada preñez.

LA MUJER: Apenas tenga cría...te via' a mostrar el culo del diablo...

EL HOMBRE retrocede, sorprendido. LA MUJER lo mira intensamente, antes de irse.

LA MUJER: Apesta el olor a winca** cobarde...

LA MUJER desaparece, como una sombra.

HOMBRE I: Hija de una gran perra... Tendría que haberla carneado a mis pies, junto a su cría e' pampa...

HOMBRE II: ¿Para qué ensuciarse, mi amigo?... Ya se la tragó el desierto...

LOS HOMBRES vuelven a beber, y a plañir una milonga.

HOMBRE I: *(Picado aún, al pulpero)* Le via' a decir al Coronel que tenés comercio con los bárbaros...

EL PULPERO se encoge de hombros.

HOMBRE I: Te van a estaquear, por traidor...

HOMBRE II: Deje a ese hombre en paz, amigo...

HOMBRE I: *(Yendo, provocador, hasta el estaño)* Y después te van a azotar hasta los huesos...

PULPERO: Es una fémina cristiana...io sono inocente...

HOMBRE I: *(Sacando el puñal)* ¡Es una cautiva puta y roñosa, gringo de mierda!

Los hombres se acercan para apartar al borracho.

HOMBRE II: Venga, mi amigo... No vale la pena...

PULPERO: ¡Fuera de la polpería, via, a dormire la mona, pendenciero!

HOMBRE I: *(Mientras es arrastrado hacia afuera)* ¡Cristiana, dijo, el muy hijo de perra! ¡Más cristiana es la viruela que enloquece a los pampas!

EL HOMBRE I desaparece, empujado por HOMBRE II. Los hombres que quedan vuelven a caer en el silencio.

El galope de un caballo, y luego una sombra en la puerta del almacén.

Una niña de unos trece años, rígida dentro de su ropaje de dama porteña, entra taconeando. Esquiva con ingenua altivez las miradas masculinas que la desnudan, y se dirige decidida hacia El PULPERO.

NIÑA: ¡Ave María Purísima!

EL PULPERO, enmudecido, apenas se encoge de hombros, a modo de saludo.

NIÑA: ¿Le cortaron la lengua los pampas?... Dije: ¡Ave María Purísima!

PULPERO: ...Sin pecado concebida, signorina... ¿En qué puedo servirla?

NIÑA: Estoy buscando a... una mujer...

PULPERO: Me parece que se equivocó el camino... Las damas no visitan la mía polpería...

NIÑA: ¡No buscaría a una dama en un sitio como éste! Es... una cautiva.

EL PULPERO mira a LA NIÑA con creciente sorpresa.

EL PULPERO: ...¿Una...cautiva?!

LA NIÑA: Me han dicho que carga yerba y aguardiente con la primera luna...

EL PULPERO: No es un pecado, signora...Tengo permiso del Coronello al comercio con cautiva e correo de lo bárbaro...

LA NIÑA : ¡Quiero saber dónde puedo encontrarla!

PULPERO: ¿Ma per qué?...¿Hay una contraorden? ¿La manda il Coronello?

LA NIÑA: ¡No me importa su comercio ni las órdenes de ese Coronel! Quiero solamente que me diga qué sabe de la cautiva... ¡Un criado de mi padre me aseguró haberla visto aquí con sus propios ojos!

PULPERO: Ah...sí, estuvo hace un momento...

LA NIÑA: ¿Y hacia dónde fue? ¡Necesito encontrarla!

EL PULPERO: Signorina...non lo so...cuando sale dal almacén se hunde en lo desierto...

LA NIÑA hace rodar una moneda sobre el estaño. EL PULPERO la sigue fascinado.

LA NIÑA: ¿Le ayudará esto a recordar algo más?

EL PULPERO: Dicono que acampa dal otro lado de la aguada, dove incomincia l'arboleda...

LA NIÑA hace rodar otra gruesa moneda sobre el estaño.

LA NIÑA: Esto es para que le coman la lengua los ratones... si de la Comandancia vienen siguiéndome los pasos...

EL PULPERO: ..¿De la Comandancia?!...

LA NIÑA se aleja, taconeando resuelta.

PULPERO: ¡Signorina! ¡Non si vaya! ¡Non debe entrare sola a lo desierto...! Una bambina...¡una dama!...

LA NIÑA ha desaparecido. Vuelve a escucharse el galope del caballo.

EL PULPERO la mira irse, preocupado.

Un hombre que lleva poncho sobre el uniforme hace a un lado la guitarra que plañía.

HOMBRE EMPONCHADO: ¿Quién es...?

PULPERO: ¡Quí lo sa!

HOMBRE EMPONCHADO: Linda hembrita... *(Se anuda el poncho)* Lástima que ande sola entre tanta fiera...

EL HOMBRE EMPONCHADO deja la guitarra y camina hacia el desierto.

PULPERO: ¿Adónde va?

HOMBRE EMPONCHADO: ¿Y desde cuándo te he dao explicaciones, gringo mercachifle?

PULPERO: Esa mercanchía non se toca: el propio Comandante le sigue lo paso...

HOMBRE EMPONCHADO: ¿Y a mí qué?

EL HOMBRE EMPONCHADO abandona la pulpería. Su mano aprieta ansiosa el puñal.

ESCENA II

Ha caído la noche. El sonido agorero de las aves atraviesa el silencio.

LA MUJER roe un bicho que ella misma ha carneado, junto a una fogata.

Bebe una y otra vez de su vasija de aguardiente. Reacciona frente a una patada en su vientre.

LA MUJER: ¿Se ha despertado, m'hijito? Demasiado joven para aficionarse a la bebida, ¿no le parece? *(Bebe)* Chupe, chupe nomás... que así se olvida el frío... y las penas... *(Se lleva la mano al vientre, dolorida)* Pórtese bien, hijo... y mejor que espere hasta que yo le avise para salir, ¿escuchó?... Todavía queda camino por andar...

Apenas un rumor entre el yuyaje. La MUJER se sobresalta. Un relincho y el galope asustado de un caballo que se aleja en la oscuridad. El grito de un hombre, y su sombra que se arrastra con desesperación. La MUJER desenvaina el puñal.

LA VOZ DEL HOMBRE HERIDO: ¡Volvé, volvé, pingo hijo e' puta, no me dejés solo!... Seguro que se fue a los toldos pa' que lo monte un pampa... pingo marica... *(Grita hacia la oscuridad)* ¡Volvé, te dije, hijo e' perra! *(Cae, exhausto)* ...que con las tripas al aire, y de a pie, no soy más que carroña pa' los caranchos... Pingo traidor... dejarme morir solo...después que te he culeao toda una guerra...

EL HOMBRE HERIDO se ha arrastrado hasta el fuego. Se sorprende frente al resplandor, y descubre, con ojos afiebrados, a LA MUJER preñada.

LA MUJER vacila frente al HOMBRE HERIDO, pero, finalmente, envaina el puñal.

LA MUJER: Beba un poco de aguardiente... adormece el dolor...

EL HOMBRE HERIDO se echa a reír, lunático.

HOMBRE HERIDO: ¿Me estoy muriendo ya...? ¿Viniste a...? ...¡La gran puta! Sólo a mí puede pasarme... ¡la muerte pampa! Y yo que me había figurado una gran señora, de esas que van enojadas a la Casa de Comedias... Se me acercaba con una sonrisa de carmín, y tendiéndome la mano perfumada, me llevaba a mejor vida en un coche de alquiler...

LA MUJER: ¡Deje de delirar, hombre! Ni soy la muerte, ni tengo intención de cargar con sus huesos... bastante tengo con los míos, y con el frío que sacude mis entrañas... Me ha sorprendido la noche y aquí he acampado... hasta que lo oí gemir... ¿Quién lo hirió?

HOMBRE HERIDO: El ejército...

LA MUJER: Desertor...

HOMBRE HERIDO: Y a mucha honra...

LA MUJER: ...¿Está con la causa bárbara?

HOMBRE HERIDO: Estoy contra la mugre y el hambre del fortín...

Una mueca de LA MUJER recuerda una sonrisa.

LA MUJER: Siendo tan delicado... no le recomiendo la toldería...

HOMBRE HERIDO: En mi estado, no puede recomendarme más que cuidarme e' los cuervos.

LA MUJER se le acerca, y comienza a abrirle el uniforme. EL HOMBRE HERIDO se queja, pero se deja hacer. LA MUJER le echa aguardiente sobre la herida, y luego se descubre para limpiarlo con su manta. EL HOMBRE HERIDO la mira con atención.

HOMBRE HERIDO: Usted... es... una cautiva.

LA MUJER: Ya no...

HOMBRE HERIDO: Fugitiva...

LA MUJER: Y a mucha honra...

EL HOMBRE HERIDO se ríe, y la risa le hace gemir de dolor.

HOMBRE HERIDO: ¿Vuelve a la civilización?

LA MUJER: ...No hay camino de vuelta para mí... ¿Le duele?

HOMBRE HERIDO: Se aguanta.

LA MUJER: Podrá curarse... si desea vivir.

EL HOMBRE HERIDO se sonrío vagamente. LA MUJER rasga su manta, y comienza a vendarlo.

HOMBRE HERIDO: ¿Y entonces...? ¿Adónde va...?

LA MUJER: El desierto puede ser mejor guarida que un laberinto...

HOMBRE HERIDO: No es sitio para una mujer sola.

LA MUJER: No hay sitio entre los hombres para quien tiene el corazón partido... Ya está.

HOMBRE HERIDO: Gracias.

LA MUJER le pasa el aguardiente, y beben en silencio.

HOMBRE HERIDO: Me pregunto si habrá camino de vuelta pa' mí... De un lado, el pelotón de fusilamiento...

LA MUJER: Y del otro los toldos, como su caballo...

HOMBRE HERIDO: Pingo traidor... ya va a encontrar quien lo monte el muy desagradecido... Me acompaña desde que me arrancaron de la Casa de Comedias pa' reclutarme en el ejército...

LA MUJER: ¿La Casa... de... Comedias...?

HOMBRE HERIDO: ...El teatro... ¿sabe de qué le hablo?

LA MUJER: ...¡El...teatro!... He sentido como un ahogo al recordarlo... la asfixia dentro del... de eso que aprieta la cintura y los pechos...

HOMBRE HERIDO: Me arrancaron en medio de un entremés... a los galanes no les tocaron ni un pelo, pero yo... hace tiempo que bajé hasta la comparsa... la bebida me arruinó, ¿vio?, la muy hija de puta... Llegué a las filas con peluca y maquillaje... Ya puede imaginarse el resto...

LA MUJER: ...¡El corset! Y en la cabeza... clavadas como puñales... unas hebillas de plata... el teatro...

HOMBRE HERIDO: ¿Le parece que si me pintarrajeo la cara, y les suelto unas estrofas, los pampas me levantarán un tablado pa' hacerme actor del desierto?

LA MUJER: A lo mejor... No creo que le vaya peor que en la milicia...

LA MUJER se estremece.

HOMBRE HERIDO: Eso... que le sacude las entrañas... ¿no querrá salir ahora mismo?

LA MUJER: No se me asuste... todavía no es tiempo... Mire, se ha asomado la luna... Tengo que seguir mi camino...

HOMBRE HERIDO: ¿No iré a dejarme solo, no?

LA MUJER: Nadie está solo con un arma... y una botella de aguardiente... Cuando lo abandone la fiebre... podrá andar...

HOMBRE HERIDO: ¿Hacia dónde?

LA MUJER: Donde tenga menos miedo de los hombres...

LA MUJER desaparece en el desierto oscuro.

ESCENA III

El fuego se ha apagado. Un haz de luna sobre el HOMBRE HERIDO, que ahora duerme su borrachera. El galope de un caballo lo sacude.

HOMBRE HERIDO: *(Entre sueños)* Pingo hijo e'una gran puta... ¿volviste? Si te han culeao los pampas, te lo tenés bien ganado, por traidor...

Un hombre envuelto en poncho militar arrastra hasta los matorrales a una mujer que se resiste con fiereza, el grito ahogado por la mano masculina. Con el puñal le desgarró la ropa, y luego se lo acerca al cuello, como si fuera a degollarla.

EL HOMBRE EMPONCHADO: *(Quitándole la mano de la boca)* ¡Gritá si querés, total no te han de escuchar más que los cuervos!

EL HOMBRE EMPONCHADO le sostiene los brazos, y le abre con violencia las piernas.

La mujer grita. Es la voz de una niña.

EL HOMBRE HERIDO se incorpora apenas, dolorido. Sus ojos afiebrados siguen la escena con la desconfianza de las alucinaciones.

LA NIÑA: ¡Suélteme! ¡Puedo denunciarlo ante el mismísimo Comandante!

EL HOMBRE EMPONCHADO ríe, feroz.

HOMBRE EMPONCHADO: ¿No te enseñaron que las niñas no deben salir solitas de noche? ¿Sabés cómo se llama a las desobedientes? ¡Putas! ¡Putitas! ¿Y sabés lo que les pasa...? Un tigre enorme las desgarró en mil

pedazos, y luego se relame con los huesos... ¡Dejá de resistirte, carajo, y abrí las piernas, si no querés

que te cosa a puñaladas!

HOMBRE HERIDO: ¡Deje a esa mujer, mierda!

EL HOMBRE EMPONCHADO se sobresalta, y se vuelve hacia las sombras. EL HOMBRE HERIDO intenta levantarse, pero el dolor lo hace caer. EL HOMBRE

EMPONCHADO descubre a su adversario, maltrecho bajo la luna. Baladrón, se le echa encima, puñal en mano. EL HOMBRE HERIDO, en un último esfuerzo, alcanza el arma, y dispara. Dispara hasta que el otro se doblega, y muere. Luego, deja caer el arma, y resbala, exánime.

LA NIÑA se ha incorporado y observa al HOMBRE HERIDO, como a un fantasma. Es la niña de la pulpería, menos rígida y encorsetada. Parece aun más pequeña.

HOMBRE HERIDO: No soy una aparición... No me envían los cielos... ni siquiera el demonio... Soy un simple desertor del ejército... que se está desangrando bajo la luna...

LA NIÑA: ¿Puedo... ayudarlo?

HOMBRE HERIDO: Hágame un favor... Si de veras conoce al Comandante... díglele a su gente que ya no me busque...

Se oye el relincho de un caballo.

HOMBRE HERIDO: ¿...Su pingo?

LA NIÑA asiente.

HOMBRE HERIDO: La está esperando... tan fiel como traidor resultó el mío... ¡Vaya, córralo, antes que se le escape hacia los toldos!

LA NIÑA, inmóvil, arroja una mirada hacia el desierto.

LA NIÑA: El pulpero me dijo que la encontraría aquí, cerca de la aguada...

HOMBRE HERIDO: ¿A quién...?

LA NIÑA: Una mujer... Busco a una mujer... cautiva...

HOMBRE HERIDO: Se oculta en el desierto, como en un laberinto...

LA NIÑA: ¿La ha visto? ¿La conoce? ¿Estuvo aquí? ¿Dónde puedo encontrarla...?

HOMBRE HERIDO: Lejos del fortín... y lejos de los toldos... La luna no estaba tan alta cuando se fue... Debe de andar cerca todavía...

LA NIÑA: ¡Otra vez tengo que darle las gracias!... ¿No puedo hacer nada por usted?

HOMBRE HERIDO: ...¿Le gusta el teatro?

LA NIÑA: (*Sorprendida*) Sí, mucho...

HOMBRE HERIDO: Entonces quédese un instante... Siento que voy a hacer mi última escena... Y no me gustaría estar solo...

LA NIÑA se acerca al HOMBRE HERIDO, sin comprender. Observa sus ojos muy abiertos, e inclinándose sobre él, le sostiene la mano, hasta que ésta deja de temblar. Suena, lejano, un trueno.

ESCENA IV

Tormenta.

Bajo un precario refugio de troncos y cuero, LA MUJER se retuerce, dolorida. Su boca se abre para devorar el aire, y luego vomitarlo en un grito furioso como el trueno.

Cuando parece recuperar un instante de calma, la estremece el relincho de un caballo, y la irrupción de una sombra entre los pliegues del toldo.

LA MUJER: *(La lengua dormida por el alcohol)* ¿Quién... mierda está ahí? ¡Walichu!**... me han encontrado... Hijito de mi alma... estoy perdida...

LA MUJER se abandona en una mueca de dolor y espanto.

LA NIÑA, aterrada, traspone las sombras. A pesar del barro y la tormenta, sus ropas desgarradas todavía conservan la tiesura de la ciudad.

LA MUJER la observa, entre el alivio y la alucinación.

LA MUJER: ¡Putá que los parió! ¿Estoy tan borracha? ¿Qué hace la chiñura** en medio del desierto?... No puede ser... Es mi cabeza que se pierde y quiere llevarme a aquella noche de nuevo... ¿Qué le han hecho, señora? ¡La arrastran de los pelos hasta el horizonte!... ¡El aguardiente, carajo... y este dolor que me roe hasta los sesos... quieren hundirme en aquella noche negra! ¡Fuera! ¡No quiero verte! ¿Quién me ha llenado el toldo de espejos? ¡Fuera de aquí, mujer blanca!

LA NIÑA la observa con ojos muy abiertos, pero no puede hablar.

LA MUJER: ¡Fuera, te dije!

LA MUJER le arroja la botella de aguardiente, que LA NIÑA esquiva apenas, y que se hace añicos contra la estaca del toldo.

LA MUJER se pasa una mano temblorosa por los ojos.

LA MUJER: Si de veras está ahí... arrímese al fuego... está temblando...

LA NIÑA no se mueve.

LA MUJER: ¿Me tiene miedo...? Estoy borracha... y a punto de parir... si eso la tranquiliza...

LA MUJER vuelve a gemir y a retorcerse sobre sus entrañas.

LA MUJER: Ahí está el dolor otra vez... (*Mientras sufre*) ¿Qué hace sola en medio del desierto? ¿De dónde escapa...? ¿De su casa... o de los toldos? ¿Se me rompen las entrañas, carajo!

Un trueno se une a las voces de LA MUJER.

LA MUJER: Ahí... sobre el fuego... hay agua caliente... lávese las manos y venga a recibir al crío... ¡Apúrese, mierda, que ya quiere salir!

LA NIÑA, llevada por el miedo y la urgencia, obedece las órdenes. Se coloca a los pies de LA MUJER para ayudar a nacer al niño, que ahora llora con la misma fuerza del temporal que ruge sobre la tienda.

ESCENA V

La tormenta ha amainado. Cae una fina lluvia sobre el refugio. El niño duerme junto a LA MUJER. LA NIÑA se ha acercado al fuego, y observa inquisitivamente a LA MUJER.

LA MUJER: ¿Qué me mira...?

LA NIÑA parece haber enmudecido.

LA MUJER: ¿Anda con asco de acercarse...? ¿Es porque estoy sucia de sangre... o por el olor a sobaco...?

LA NIÑA se vuelve disgustada.

LA MUJER: ¿Tanto miedo me tiene...? Seguro que la han aterrado con esos cuentos que de noche cuentan las abuelas... Le han pintado a los pampas fieros como

demonios que despellejan a sus víctimas y luego las degüellan... y a las chinas... que destripan a sus propios hijos... y después beben su sangre...

LA NIÑA se inclina para vomitar, desfalleciente.

LA MUJER se incorpora con dificultad.

LA MUJER: Ahí... cerca del fuego... hay otra botella... bébase un trago... le hará bien...

LA NIÑA niega con la cabeza, altiva.

LA NIÑA: Mi abuela... mi abuela no me contaba esas historias...

LA MUJER: ¡Ah, tenía lengua nomás!

LA NIÑA: ...Me leía... historias muy antiguas... porque creía... que resistían el olvido de los hombres... y, del mismo modo, esperaba que yo nunca pudiera olvidar a quien me las contaba...

LA MUJER escucha, con cierta incomodidad.

LA NIÑA: ...Recuerdo sobre todo una historia... la de un joven... que vivía en una isla, rodeado de sirvientes y comodidades, hasta que un día recibió un anuncio divino, y decidió lanzarse al mar en busca de su padre, que había partido hacía años a la guerra y nunca había regresado...

LA MUJER se incorpora, sobresaltada.

LA NIÑA: Durante muchas noches escuché fascinada los riesgosos trabajos que debía atravesar el joven tras las huellas de su padre... Una noche no hubo más historia, y nunca pude saber el final...

LA MUJER: ...¿Por qué?

LA NIÑA se vuelve hacia LA MUJER, con ojos enfebrecidos.

LA NIÑA: Sabés muy bien por qué, abuela...

LA MUJER se acurruca como si no quisiera escuchar.

LA NIÑA: ¡No fue una pesadilla aquella grita y el saqueo!... El malón te arrancó de entre las sábanas... y cuando despertaste tu casa se había borrado bajo el fuego... Grité cuando te arrastraron los caballos... y tus ojos no dejaron de mirarme hasta que te tragó el horizonte... Viví esperando el momento de volver a verte... Cada noche salía al patio y miraba el confín oscuro... Creía que aparecerías como un

punto bajo la luna... un punto del cual sólo adivinaba los brazos abiertos... para que corriera y me refugiara en ellos... en aquel calor, abuela, que me robaron cuando era apenas una niña... y que nunca he vuelto a sentir...

El niño comienza a llorar. LA MUJER continúa ovillada, como si quisiera protegerse de un estallido. El niño llora con creciente vehemencia.

LA NIÑA: Tu... niño... llora...

LA MUJER no se mueve.

LA NIÑA: Tendrá hambre...

LA NIÑA va hacia el niño y lo coloca junto al pecho de LA MUJER.

LA NIÑA: Hay que hacerlo mamar...

LA MUJER espía al niño desde su cuerpo ovillado, y se abre el poncho.

El niño se calma apenas se prende al pecho de LA MUJER. LA MUJER lo rodea con sus brazos. LA NIÑA los mira, turbada.

LA NIÑA: ¡Qué pronto te reconoce, y apenas ha nacido!... Yo te he buscado toda mi vida... y ahora no puedo reconocerte...

LA MUJER: ¿Cómo podrías reconocerme, hija?... ¿Dónde está tu abuela? ¿Dónde quedó aquella señora... que te leía historias? ¿Es posible ver a tu abuela en esta india curtida que huele a sobaco?

LA MUJER acaricia a su hijo.

LA MUJER: ¡Tantas veces me han partido el corazón!... Durante un año miré el horizonte, los ojos sin sueño, esperando que el ejército me rescatara... Creía ver a tu abuelo, sucio de sangre india, llevándome en brazos hasta el fortín... Un año sufrí tormento y humillaciones por negarme a los favores del cacique... Pero el horizonte siguió ahí, quieto, y tu abuelo nunca vino a buscarme... Cuando dejé de esperarlo, el

cacique me hizo el primer hijo... Desde que la leche brotó de mis pechos no volví a mirar el horizonte... Mis hijos me enseñaron a bailar junto a las fogatas y a dormir entrelazados bajo la luna... Apenas aprendieron a usar su lengua el cacique los arrancó de mis brazos para hacerlos hombres en la guerra... Entonces miré otra vez el horizonte... y una noche abandoné los toldos... y me hundí en el

desierto...

LA NIÑA ha vuelto a enmudecer. Su mano alcanza el aguardiente, y bebe un largo trago.

LA NIÑA: ...Hace frío...

LA MUJER: Cambiaron los vientos.

LA NIÑA: ...Ya no llueve...

LA MUJER: Pronto volverá a verse la luna...

LA NIÑA bebe otro trago.

LA MUJER: Tengo sed...

LA NIÑA le pasa la botella. Beben, silenciosas, junto al fuego.

ULTIMA ESCENA

Las dos mujeres callan aún, los ojos bajos.

Un disparo lejano las estremece.

LA NIÑA: ... ¡Mi padre!

LA MUJER: ¡El cacique!

LA NIÑA: Alguien viene a buscarnos...

LA MUJER: ¡El fuego! ¡Hay que apagar el fuego!

LA NIÑA obedece, y ambas se acurrucan bajo la luz de la luna.

Pronto estalla el galope de los caballos y la grita.

LA MUJER: Es un enfrentamiento...

LA NIÑA: Me dan miedo... Rugen como fieras...

LA MUJER: Nos han seguido los pasos... y ahora se destrozan entre sí...

LA NIÑA: ¡No quiero volver a casa!

LA MUJER: ¡Prefiero que me degüellen antes que regresar!... ¡El niño! Si algo me pasara...

LA NIÑA: ¡Abuela! ¡Mi caballo!... Está esperando ahí fuera...

LA MUJER: Tu caballo... Y ellos ocupados en despedazarse...

LA MUJER arroja rápidamente al niño mientras la NIÑA junta sus pertenencias y luego la ayuda a incorporarse.

LA NIÑA: ¿Será éste el final de aquella historia... que nunca terminaste ...?

LA MUJER: Seguro que no... No me hace falta recordarla para imaginar que el padre y el hijo volvían a su tierra... y que allí morían felices, y en paz...

LA NIÑA: Nosotras en cambio... sólo podemos seguir escapando...

LA MUJER: Vamos... antes que termine la matanza...

LA MUJER se apoya en el brazo de LA NIÑA para caminar, pero se detiene bruscamente al mirarla de frente.

LA MUJER: ...Tus... ojos...

LA NIÑA: ¿Sí...?

LA MUJER: De pronto, hija... De pronto los he reconocido...

LA MUJER Y LA NIÑA se abrazan, mientras a su alrededor crece el estruendo.

**Winka: o huinca, voz con la que los indios llamaban al hombre cristiano.

**Walichu: o gualicho, divinidad menor de carácter maléfico. Por extensión, el diablo.

**Chiñura: deformación por señora.

Patricia Zangaro. Correo electrónico: pzangaro@infovia.com.ar

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Argentina. Mayo 2004

-

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
www.celcit.org.ar